

Había nacido en Calabazas el 1 de diciembre de 1771 y vivía en Pozal de Gallinas, consagrado al cuidado de una modesta hacienda. Ya acreditó su valor luchando contra los franceses en la brillante campaña del general Ricardos en el Rosellón, el año 1793, y al verlos hollar con traiciones y engaños el patrio suelo, se lanzó, como tantos otros, al campo. Cuando con el propósito de perseguir y aniquilar a los ingleses, como lo consiguió, salió Napoleón de Madrid el 24 de diciembre de 1808 y pasó por esta o por sus inmediaciones el 26, camino de Tordesillas, Saornil, con ayuda de tres paisanos, sorprendió a un correo francés y dió muerte a la escolta. Corriendo grandes riesgos pudo presentar los pliegos interceptados en Orense, al Marqués de la Romana, quien le recomendó a la Junta Central que, en 11 de enero le reconocía el grado de alférez y le autorizaba para organizar en su tierra una guerrilla. Prevenido de esta manera, recorrió estos pueblos animando a unos, excitando a otros y logrando en poco tiempo reunir una partida de 20 hombres con los cuales atacó el destacamento francés de Arévalo, que se componía de un capitán, dos tenientes, tres sargentos y 50 soldados, los cuales hostilizados también por la población, se rindieron a discreción. Conducía estos prisioneros, con tres carros y sus valijas que había interceptado, cuando supo, al llegar a Cisla, que en Madrigal había entrado un convoy que se dirigía de Salamanca a Madrid con buen aprovisionamiento y escoltado por 100 infantes. En comendó Saornil la custodia de la presa que llevaba a los vecinos de Cisla y marchó en busca de los franceses a los que atacó dividiendo sus fuerzas en tres pelotones, con tal ímpetu y fortuna que huyeron a la desbandada los invasores, dejando en poder del vencedor diez prisioneros y 22 carros que componían el convoy, todo lo cual, juntamente con la presa anterior, entregó Saornil en Ciudad-Rodrigo al general Miguel Vives, 16 de abril.

A su regreso atacó a los franceses el 2 de mayo en Fuentesauco, donde había 50 infantes y 40 ginetes que se entregaron después de enconadas resistencia. El parte que dió la gaceta de este hecho de armas decía: "El resultado ha sido la muerte de 16 franceses y la prisión de 64, teniendo Saornil cinco guerrilleros de pérdida y cuatro caballos, entre ellos el propio." Se trasladó posteriormente a Ledesma y reforzando a las tropas del coronel Martínez se pudo impedir que entrara en aquella villa el general francés Mortier, no obstante su empeño en lograrlo. En el mes de julio detuvo nuestro guerrillero, entre Olmedo y Hornillos, un importante convoy que se dirigía a Madrid, dando muerte a 35 de la escolta y apresando a 25, más 24 arrobas de plata labrada que entregó al Duque del Parque, de quien entonces dependía. Sorprendió en La Bafieza a su guarnición francesa, haciendo 30 prisioneros y apoderándose del cuantioso aprovisionamiento que allí tenían y que condujo a Puebla de Sanabria.

En las operaciones efectuadas por el Duque del Parque en las proximidades de esta villa en el mes de noviembre, contó con la preciosa ayuda de Saornil tan conocedor del terreno, y aunque aquél hubo de retirarse a la provincia de Salamanca, éste pudo después infiltrarse por entre los destacamentos franceses y volvió a recorrer estos pueblos con el disfraz consiguiente para levantar su espíritu alicaído por los últimos reveses. No dejó de extrañarle cierta desgana que advertía y aun algún sobre salto que se transparentaba donde quiera que se presentaba. Explicóse la causa cuando alguien le dijo confidencialmente que los franceses habían puesto precio a su cabeza. Se vió entonces comprometido y abandonado, pero él no se amilanó. A fuerza de intrepidez, de constancia y sangre fría consiguió enardecer a los apocados y reclutar nuevos campeones de la independencia patria. En secretos y arriesgadísimos trabajos de organización pasó buena parte del año 1810, cuando la actuación en estas tierras llanas y descubiertas era harto comprometida, por la presencia de muchos y poderosos contingentes enemigos. No dejó, sin embargo, de realizar sorprendentes golpes de mano. Tal el que llevó a cabo en la noche del 20 de octubre. En connivencia, claro está, con algunos patriotas medinenses, aleccionó a 20 de sus más intrépidos secuaces que, conocedores de veredas, calles y callejuelas, arropados bajo sus luengas capas pardas para ocultar sus tercerolas, a guisa de pastores y campesinos, afluyeron, a hora convenida, a la posada del Arco, donde sabía que tenían 40 caballos; sorprendieron a los descuidados guardianes y no sólo se apoderaron de aquellos caballos sino de otros que había en la administración de Postas, saliendo presurosos con la presa. De aquí salieron en su persecución 400 dragones y 800 infantes, que hubieron de retroceder ante la resistencia que toda la guerrilla les opuso. El general francés, conde de Erlón, castigó la complicidad y complacencia de los medinenses, imponiéndoles una multa de cien mil reales, para librarse de la cual rogaron las autoridades al audaz guerrillero que restituyera la presa, pero respondió que no podía hacerlo sin autorización de sus jefes, y adjuntó un oficio para el general Illán, asegurándole que Medina no era responsable del hecho realizado por la guerrilla.

En 5 de diciembre atacó en el pueblo de Pajares al traidor Morales que con 500 franceses salía de Avila, escoltando un correo, y le obligó a encerrarse en Arévalo, causándole numerosas bajas. Fracasó en su intento de copar a la guarnición de Belliguillo, que se hallaba protegida por fuerte empalizada. Estando en San Cristóbal del Alto pocos días después, vió llegar a varios guerrilleros de la partida de Pedro García que venían perseguidos por los franceses; acometió a éstos y rescató 12 prisioneros que llevaban. Tuvo confidencias de que de Santa María de Nieva había salido un convoy para Olmedo. Preparó su gente, le atacó con vivo fuero de fusilería el 2 de enero de 1811 y se lanzó con la caballería contra el enemigo dispersándole y haciéndose dueño de muchos carros de galletas, lana y tabaco que repartió por aquellos pueblos.

En este año extendió sus correrías por otras provincias, ya con sola su guerrilla, ya asociado a la de su pariente Basilio Moraleja que operaba por Toledo con el médico Palarea... Vuelto a esta tierra, el 4 de junio repitió en Olmedo la hazaña de la posada de Medina con idéntica fortuna. Cerca de Peñaranda batió a una numerosa columna y estando en esta población fue cercado el día 1 de julio, debiendo su salvación a su temerario arrojo y a la pérdida de 300 de sus guerrilleros.

No tardó en reorganizar la partida y continuar acechando correos y pequeños destacamentos que desbarataba como por ensalmo, siendo su característica la movilidad constante, haciendo jornadas inverosímiles y presentándose inopinadamente en puntos muy lejanos del lugar donde le perseguían. Toda su actuación habría rayado en lo maravilloso sin la constante ayuda que recibía subrepticamente de los pueblos que, por el contrario, procuraban despistar a sus perseguidores. A principio de 1812 cayó en su poder un convoy, entre Olmedo y Arévalo, que además conducía muchos prisioneros españoles que recobraron su libertad; y en febrero, no lejos de esta villa, atacó de súbito a una columna de infantería derrotándola por completo, y a poco llegó a sus manos un cañón que los enemigos habían dejado en uno de estos conventos.

Cuando Wellington operaba en Salamanca acudió a él para recibir instrucciones. Le recibió el general inglés con el mayor obsequio y por encargo del Príncipe Regente de Inglaterra le hizo un presente de dos pistolas con carta muy afectuosa. Tomó parte muy destacada en la victoria lograda en Arapiles, con el grado de coronel, después de la cual vino a Medina para expulsar al intruso. Se apostó seguidamente en la Cistérniga vigilando los pasos del Duero y librando reñidos combates. Entró con Welington en Valladolid, avanzó hacia Burgos y penetró en la Rioja, reproduciendo en aquella región las proezas llevadas a cabo en el centro de Castilla.

Cuando el ejército inglés volvió a retirarse a Portugal, nuevamente desperdigó su guerrilla para volverse a concentrar rápidamente y actuar con iguales bríos. Sufrió un serio revés en Fuente el Sol el día 16 de marzo de 1813, pero no fue obstáculo para que amargase la fiesta que los afrancesados de Valladolid proyectaban como homenaje al intruso rey José el día 19. En el programa figuraba una novillada, y al conducir los toros de Portillo a la capital, toparon con Saornil, con cuyo visto bueno no contaban, y cambiaron de dueño y de destino (a). Todavía tuvo ocasión de jugarles a los franceses otras malas partidas en Villalba de Adaja, Fuentesauco, Alba de Tormes y Piedrahita, haciéndose tan popular en esta región que las gentes celebraban sus hazañas con canciones populares que terminaban con este estribillo:

Síguela, síguela  
Guerrillero Saornil;  
Síguela, síguela  
Yo te daré mi fusil.

En premio de tantos servicios el general Castaños le nombró administrador de todo lo perteneciente al convento de la Mejorada, cuyos monjes se habían disuelto, y comisionado en las provincias de Segovia, Avila y Salamanca para la represión de malhechores.